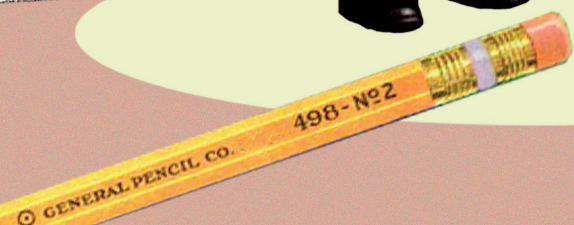
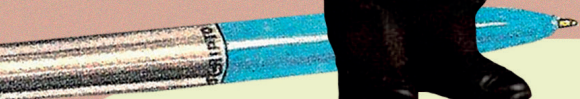


AUDREY MAGEE

El compromiso

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativ·sexto·miso



El compromiso

AUDREY MAGEE

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



sextopiso

A Johnny

Apartó el alambre de espino del poste, despejó un trozo de tierra reseca y sacó la fotografía del bolsillo de la guerrera. Colocó la imagen en el poste y la sujetó con una cuerda que tapaba el pelo y el cuello de la mujer, pero no el rostro. Aún podía ver sus ojos huraños y sus labios enfurruñados. Anudó la cuerda y escupió al suelo. Con ella se tendría que conformar.

Se tumbó para absorber los últimos rayos de sol del verano, sin importarle los remolinos de polvo y arenilla, solo quería descansar, experimentar el vacío momentáneo de la espera. Pero se incorporó de nuevo. El suelo era demasiado duro, el sol demasiado fuerte. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando las ondulaciones de calor hasta que, en el horizonte, se recortó una figura corpulenta cuyos brazos y piernas se movían con furia, aunque avanzaba a escasa velocidad. El hombre llegó por fin entre rezongos y jadeos, el sudor le empapaba el blanco del alzacuello.

—¿Por qué diablos se ha ido tan lejos? —le preguntó.

—Quería privacidad.

—Ya veo, ya. ¿Está todo listo?

—Sí.

—Pues venga, al lío —dijo el capellán—. No hay tiempo que perder. —Sacó un lápiz y un papel arrugado del bolsillo—. ¿Quién es el novio, soldado?

—Yo.

—¿Su nombre?

—Peter Faber.

—¿Y los testigos?

—Allí —dijo Faber señalando a tres hombres que dormían en el suelo, hechos un ovillo.

El capellán se acercó y les dio una patada.

—Están borrachos.

Faber arrojó anillos de humo al cielo azul.

—¿Usted también está borracho, Faber?

—Todavía no.

El capellán pateó a los hombres con más fuerza y comenzaron a moverse a regañadientes.

—Procedamos, pues. Apague ese cigarrillo, Faber. Póngase en pie. Muestre un poco de respeto.

Faber aplastó el cigarrillo contra la tierra, apoyó sus manos largas y estrechas en el suelo y se incorporó con lentitud.

—Quítese el pelo de los ojos —ordenó el capellán—. ¿Con quién se va a casar?

—Con Katharina Spinell.

—¿Es ella, la de la foto?

—Según tengo entendido, sí.

—¿Según tiene entendido?

—Nunca la he visto.

—¿Pero quiere casarse con ella?

—Sí, señor.

—Qué entusiasmo.

—Para escapar de este infierno apestoso.

El sacerdote anotó algo en el papel y lo guardó de nuevo en el bolsillo, junto con el lápiz.

—Podemos empezar —dijo—. ¿Su casco, Faber?

—Ahí. En el suelo. Junto a la fotografía.

—Acérquense, caballeros —ordenó el sacerdote—. Pongan la mano derecha sobre el casco.

Los hombres se acuclillaron alrededor del casco mugriento y abollado, sus rodillas y codos se entrechocaban.

—El novio primero.

Faber apoyó la mano sobre el metal, pero la apartó enseguida.

—Está ardiendo, maldita sea.

—Vamos, hombre —dijo el capellán—. Falta un minuto para que den las doce en nuestra patria.

Faber se cubrió la mano con la manga.

—Debe estar en contacto con la piel, Faber. No con la manga. —El sacerdote cogió un puñado de tierra y lo esparció sobre el casco—. Pruebe ahora.

—Gracias.

Faber volvió a colocar la mano y los otros tres siguieron su ejemplo. Bastaron unas cuantas palabras del capellán para que, en cuestión de minutos, el soldado contrajese matrimonio con una mujer de Berlín a la que nunca había visto. A mil seiscientos kilómetros, a la misma hora, ella estaba participando en una ceremonia similar en presencia de sus padres: un pacto bélico mediante el cual él obtenía un permiso de luna de miel y ella una pensión de viudedad en caso de que él falleciese.

—Eso es todo —dijo el capellán—. Ya es un hombre casado. Los otros tres le estrecharon la mano.

—Necesito un trago —declaró Faber.

Recogió el casco, dejó la fotografía y regresó al campamento.

Tras examinarla más tiempo del establecido por las normas de cortesía, dijo:

—Soy Peter Faber.

—Lo sé. Lo reconozco por la fotografía.

—¿Eres Katharina?

Ella asintió y él le estrechó la mano, sorprendido por la suavidad de su piel, por la melena oscura que caía sobre sus hombros. Ella intentó zafarse.

—Mi mano —dijo—. ¿Le importaría devolvérmela?

—Lo siento.

La soltó y retrocedió hasta la acera, donde había dejado su macuto y el arma. Ella se quedó donde estaba, con la cadera apoyada en la puerta entreabierta.

—¿Ha sido un viaje largo, señor Faber?

—Sí sí. Muy largo.

Katharina alzó la mano para protegerse del sol y lo miró fijamente.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Diez días.

Ella abrió un poco más la puerta.

—Debería pasar.

Faber recogió sus cosas y entró en el vestíbulo oscuro, sin ventanas. Katharina se cubrió la nariz y la boca con la mano. Él apestaba. Se apartó de él y empezó a subir las escaleras.

—Estamos en el segundo piso.

—¿Quiénes?

—Mis padres.

—No sabía que vivías con ellos.

—No gano lo bastante para vivir sola.

—Ajá. ¿A qué te dedicas?

—Se lo dije en mi carta. Trabajo en un banco. Como mecanógrafa.

—Ah, sí, lo había olvidado.

La siguió escaleras arriba, por los desgastados peldaños de linóleo, observando cómo sus nalgas rollizas le movían la falda de un lado a otro. Ella miró hacia atrás.

—¿Necesita ayuda?

—No te preocupes —respondió él.

—Tienen muchas ganas de conocerlo.

Ella empujó la puerta del apartamento. Él se descolgó el macuto del hombro.

—Deje que lo lleve yo —se ofreció ella.

—Pesa mucho.

—Me las arreglaré.

Katharina arrastró el equipaje hasta una habitación y volvió a por el fusil.

—Eso mejor me lo quedo yo —dijo Faber.

—Ya está en Berlín.

—Prefiero tenerlo conmigo.

La siguió por un pasillo estrecho hasta una cocina pequeña cuyas superficies brillaban por la condensación. Sus padres se pusieron en pie e hicieron el saludo militar con entusiasmo y presteza.

—Soy Günther Spinell —dijo el hombre—. El padre de Katharina.

Faber le estrechó la mano.

—Estamos muy orgullosos de tener un segundo soldado en la familia.

Faber bajó la vista a la mesa. Estaba puesta para cuatro personas; los platos y los vasos, desaparejos y desportillados.

—A mi hijo lo han mandado al norte, señor Faber. Cerca de Moscú.

—Qué mala suerte.

—Johannes es un hombre muy valiente, señor Faber.

La madre de Katharina, de cabello canoso y muy rizado, señaló una silla.

—Siéntese, señor Faber.

Puso el casco, las cartucheras y la bolsa del pan en la encimera estrecha junto al fogón. Se sentó y se rascó la espalda contra la madera.

—¿Está cómodo?

—Sí, estoy bien.

—¿Ha tenido un buen viaje? —preguntó la señora Spinell.

—De noche hacía mucho frío en el tren.

—¿No tiene abrigo de invierno ni guantes?

—Todavía no.

—¿Cree que Johannes tendrá?

—No lo sé.

La señora Spinell se sacó un pañuelo de la manga y se lo pasó por la boca y la nariz. Tosió y se aclaró la garganta.

—Abre la ventana, Katharina.

Faber la vio empujar el cristal y asomarse, y reparó en sus nalgas prominentes. La joven se quedó allí, respirando el aire frío de octubre. Él se fijó también en sus caderas, anchas y carnosas.

—El señor Ewald está apilando la mercancía —dijo ella.

Faber oyó los golpeteos de las cajas de madera.

—Es nuestro tendero, señor Faber —dijo su padre—. Un hombre extraordinariamente leal.

—Qué temprano se va hoy —dijo la señora Spinell.

—Hoy había poca cosa que vender —señaló Katharina. Se giró hacia el interior de la estancia—. Vamos, madre. Deberíamos preparar café.

Faber encendió un cigarrillo. La señora Spinell colocó un cenicero sobre la mesa. Tenía forma de esvástica.

—Es de Johannes, señor Faber, pero puede usarlo.

Las dos mujeres se pusieron manos a la obra sin mediar palabra.

—¿Ha estado antes en Berlín, señor Faber? —preguntó el señor Spinell.

—No.

—Katharina le enseñará la ciudad más tarde.

La señora Spinell sirvió café y Katharina puso un trozo de pastel en su plato.

—Es de limón.

—Gracias.

Se acercó la taza a la nariz, la colocó de nuevo sobre la mesa y probó el pastel. Soltó un leve suspiro. Todos rieron.

—Lo siento —dijo—. Es que hace mucho tiempo que...

—Adelante —dijo la señora Spinell—. Coma.

Se metió un trozo de bizcocho en la boca seguido de un sorbo de café, una descarga de sabor dulce y amargo. Se metió otro trozo seguido de otro sorbo. Todos volvieron a reír.

—Está delicioso, señora Spinell.

—Es café de verdad —apuntó el señor Spinell—. De un amigo mío, el doctor Weinart.

—Y una vecina nos dio los huevos para el pastel —dijo la señora Spinell—. Como regalo de boda.

—Es comunista —aclaró el señor Spinell.

—La señora Sachs es una buena persona, Günther.

—Así es como pasan desapercibidos, Esther. Haciéndose pasar por buenos vecinos.

Katharina le dio un sorbo al café, pero puso su trozo de pastel en el plato de Faber.

—Para usted. Seguro que tiene más ganas que yo.

Faber se comió el trozo de su esposa y un tercero más; luego se arrellanó en la silla y se encendió otro cigarro.

—¿Qué enseña usted, señor Faber?

—Primaria, señora Spinell.

—¿Tiene trabajo?

—Sí. En la escuela donde estudié de niño.

—¿Le guardan el puesto?

—Sí.

—Pero el salario de un maestro no es gran cosa —comentó la señora Spinell—. ¿Podrá mantener bien a mi hija?

Faber sintió todas las miradas sobre él. Entonces el padre soltó una risita.

—La madre de Katharina se preocupa mucho —dijo.

—Solo intento proteger a nuestra hija, Günther —replicó ella—. Evitar que pase por lo que pasé yo al final de la última guerra.

—Ahora no, Esther —la interrumpió el señor Spinell.

—Ahora sí. Verá, señor Faber, no me quedó otra que buscar comida en los cubos de basura para que mis hijos no pasaran hambre. Mi Johannes no dejaba de llorar. Seguro que el pobre mío sigue teniendo hambre después de aquello.

—Johannes está bien, madre.

—No lo entiendes, Katharina. Y no lo entenderás hasta que llegue el final de esta guerra y sean tus hijos los que sufran.

—Esta vez será distinto, Esther —intervino el señor Spinell—. Ahora todos nos tienen miedo. Falta poco para la victoria.

—Pero él seguirá siendo un simple maestro —insistió la señora Spinell.

De pronto, las paredes sudorosas, la silla dura y la vajilla desportillada empezaron a irritar a Faber. Se inclinó hacia delante.

—Mi padre ha sido maestro toda su vida y nos ha mantenido perfectamente —dijo.

—¿Pero será suficiente?

—Ha sido suficiente para mi madre.

—¿Es una mujer modesta?

—Es como cualquier mujer, señora Spinell, que dedica su vida a su marido y a sus hijos.

—Puede esperar lo mismo de Katharina —dijo el señor Spinell—. Será una buena esposa. Y una buena madre.

—Para eso necesita un marido con un buen empleo, Günther.

—En nuestro nuevo mundo, la enseñanza será una profesión muy respetada, Esther. Y ahora, joven, hablemos de la situación en el frente. De Kiev.

Faber se encendió un tercer cigarro, aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones y lo retuvo en silencio antes de

expulsarlo, lenta y uniformemente, a la habitación. Sacudió la ceniza y se aclaró la garganta.

—Los rusos son tenaces, señor Spinell, pero nuestro armamento es más moderno, no tienen nada que hacer contra él.

—Todo será nuestro para Navidad —dijo el señor Spinell—. Solo estamos a trescientos kilómetros de Moscú: somos invencibles.

—Nos va bien.

—Estoy muy orgulloso de usted y de todos los soldados alemanes —dijo el señor Spinell.

Faber le dio otra calada al cigarrillo y asintió mientras exhalaba el humo hacia el techo.

—Gracias, señor Spinell.

—Cuando esta guerra termine, tendremos recursos, comida, agua y petróleo durante siglos. Usted y mi hija podrán quedarse con todas las tierras que necesiten.

—¿Podremos hacer eso? —preguntó Katharina.

—¿El qué?

—¿Quedarnos con las tierras? ¿Ir al este y establecer allí nuestro hogar?

Faber, que estaba sudando a pesar del frío, se quedó mirándola.

—Rusia es pobre, sucia, la gente vive en casuchas de barro. Si estoy aquí es porque no soporto ese lugar.

—Ellos trabajarán para ustedes —dijo el señor Spinell—. Puede derribar sus chozas, rehacer el paisaje y construir una casa alemana preciosa. Imagínese, con su granja y todo.

—No sé nada de agricultura.

—Habrá una campaña de formación. Después de la guerra se enseñará a los jóvenes a trabajar las tierras, a cultivar alimentos para Alemania.

—Estoy dispuesto a servir a mi país, pero cuando la guerra termine volveré a Darmstadt y retomaré mi vida como maestro.

—Podría hacer otras cosas. Ganar más dinero.

—Me gusta ser maestro.

—Parece un hombre muy capaz.

—Soy un maestro capaz.

—Pero hay tantas cosas que hacer, sobre todo en Berlín. Puede dedicarse a la enseñanza cuando sea mayor, después de haber ganado dinero.

Faber aplastó el cigarrillo en el cenicero y miró despacio a su alrededor.

—Igual que ha hecho usted, ¿no, señor Spinell?

Katharina empezó a recoger los platos.

—Deje que le enseñe la ciudad —dijo ella—. Antes de que se haga demasiado de noche.

—Mi suerte está a punto de cambiar, señor Faber. Y la suya también podría hacerlo.

—Estoy contento con mi vida, señor Spinell.

—Deje que le presente al doctor Weinart. Es un hombre de gran integridad y buenas conexiones.

Faber se puso de pie.

—Lo pensaré. —Cogió el rifle.

—Debería dejarlo aquí —sugirió Katharina.

—Prefiero llevármelo.

—Es mejor dejarlo en casa. Vamos al parque.

—Me lo llevo. —Faber se dirigió a la puerta.

—Al menos podría esperarme —dijo ella—. Tengo que coger el abrigo.

Él se marchó sin ella, bajó las escaleras y salió a la calle, donde el tendero estaba desmontando el puesto. Los dos hombres se saludaron con la cabeza. Faber se balanceó sobre las puntas de los pies y se frotó las mangas de la guerrera para darse calor en los brazos. Katharina apareció en el umbral abrochándose un abrigo demasiado corto para esa falda.

—¿Quiere que vuelva a por el abrigo de mi hermano?

—Estoy bien.

—Parece tener frío.

—He dicho que estoy bien.

Ella lo adelantó y encaminó sus pasos hacia una ciudad desconocida para él.

—¿Adónde vamos, Katharina?
—Al parque. Al lago.
—Al menos, podrías esperarme.
—¿Por qué? Usted no me ha esperado a mí.
Él se detuvo, los hombros levemente curvados.
—Lo siento. Es que necesitaba alejarme.
—Mis padres suelen causar ese efecto.
—Ha sido intenso. Más de lo que esperaba.
—Siempre son así.
—¿Cómo lo soporta?
—Años de práctica. Quieren lo mejor para mí. Y les ha caído bien.
—Su madre me detesta.
—No es así. Solo miran por mí.
—¿Y yo no soy lo bastante bueno?
—Soy su única hija.
—Y cree que merece algo mejor que un maestro.
—Algo así.
—¿Qué esperaba? ¿Un médico? ¿Un abogado? Los hombres con profesiones como esas no se casan con empleadas de banco.
—Supongo que no, señor Faber.
Ella volvió a adelantarse. Él la alcanzó.
—Perdóname, Katharina.
—La agencia nos facilitó información sobre usted y cuatro hombres más, incluido el hijo gordo de un médico.
—¿Y su madre quería a ese?
—Exacto.
Faber se echó a reír.
—Y en su lugar te dieron a un maestro inútil y desgarbado.
—Eso parece, sí.
—¿Y dónde está el hijo gordo del médico? ¿Aquí, en Berlín?
—No. En el frente ruso, no sé muy bien dónde.
—Entonces seguro que ya no está tan gordo.
Ambos rieron y él le ofreció el brazo. Ella lo aceptó.

—Y tu padre, ¿qué piensa?

—Lo vio con buenos ojos desde el principio.

—Entonces, ¿por qué quiere que me haga agricultor?

—Él y sus ocurrencias. Pero debería ver a Weinart. Seguro que no le hace mal.

—He dicho que lo pensaré.

Ella tiró suavemente de su brazo y él acortó el paso para ir a la par. Inspiró hondo y dejó rodar el pie del talón a la punta apreciando la firmeza del suelo, disfrutando de la distancia que lo separaba de Rusia. Notó cómo ella se apoyaba en él.

—En realidad, mi padre lo aprecia.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Usted es un soldado, lucha en el frente. Eso le basta.

—Sí, eso me ha parecido. Y tú, ¿qué opinas?

—Todavía no lo he decidido.

—¿Debería intentar convencerte?

—Puede intentarlo.

Él le puso las manos sobre los hombros y la llevó hasta la entrada de una tienda cerrada. Le dio un beso. Ella lo apartó y volvió a la acera, con la mano derecha sobre la boca, abrumada por el hedor.

—Me está clavando las hebillas del uniforme —se quejó.

Él sonrió.

—Eres una mujer muy graciosa. Vamos. Enséñame ese parque.

Ella volvió a asirlo del brazo. Franquearon las verjas y llegaron a un banco con vistas al lago. Tres niños apuraban los últimos minutos de luz mientras empujaban barquitos con paños largos.

—Qué bien estar rodeado de árboles. Los bosques de Rusia son enormes y oscuros. Aterradores. Los odio.

—¿Hay algo que le guste de Rusia?

—Estuve en Bélgica y me pareció un país civilizado, cómodo. La gente era como nosotros. Pero Rusia es distinta. Dura y hostil.

—Pronto habrá terminado.

—Es un país tan grande. Parece interminable.
—Mejor para nosotros.
—Supongo.
Él la besó de nuevo y ella se dejó, solo por un instante.
—Pensaba que los soldados tenían prohibido besar en público —dijo ella.
—Seguro que perdonarán a un hombre que está en su luna de miel.
Él miró el lago, el agua lamiendo los pies de los niños. Ella apoyó la cabeza en su hombro, ocultándole el rostro.
—¿Por qué se casó conmigo? —preguntó Katharina.
—Quería un permiso. ¿Y tú?
—Mi madre dijo que sería buena idea. Un poco de seguridad, supongo. El título de esposa. Otras chicas lo hacen.
—¿Por qué me eligió a mí?
Ella sonrió.
—No lo sé. Me gustó su foto. Sus manos, sobre todo.
Él las giró mostrando el dorso y la palma.
—¿Qué tienen de especial mis manos?
—No lo sé —respondió. Katharina le tocó el pulgar—. Son fuertes. Fibrosas. Eso me gusta.
—Ah, sí, ya recuerdo. No te gustan los gordos.
Los dos se rieron y él la besó de nuevo.
—Eres más guapa de lo que pensaba. Tu pelo y tus ojos. Tu sonrisa. ¿Por qué no sonreías en la foto?
—Mi madre me dijo que no debía. Que espantaría a los hombres.
—Deberías dejar de hacerle caso a tu madre.
—De no ser por ella, usted no estaría aquí.
Él le abrió el abrigo y deslizó las manos por sus pechos.
—Eres mucho más guapa de lo que esperaba.
—Sí, ya me lo ha dicho. ¿Qué esperaba encontrar?
—A una mujer más sosa.
—¿Por qué iba a casarse con una mujer sosa?
—Quién sabe.
Rieron y ella se levantó.

—Deberíamos irnos —propuso Katharina.
Pasaron junto a los palos abandonados de los niños.
—¿Qué piensan sus padres de nuestro matrimonio? —preguntó ella.
—Aún no se lo he dicho.
—¿Lo aprobarán?
—Lo dudo. No te conocen.
—Usted tampoco.
—No, pero te conoceré.
—¿De verdad, señor Faber? Suena muy seguro de sí mismo —dijo y lo tomó del brazo—. Debemos darnos prisa. Madre lo estará esperando.

La señora Spinell estaba al final del pasillo; agitó el brazo para indicar a Faber dónde estaba el baño. La bañera ya estaba llena.

—Por favor, use la pasta de dientes y el jabón con moderación —le rogó—. No es fácil conseguirlos.
—De acuerdo.
—Deje la ropa ahí dentro.
—Gracias.

Faber le sonrió a Katharina, cerró la puerta y empezó a desvestirse; restos de tierra rusa reseca comenzaron a caer al suelo mientras se quitaba una capa tras otra de ropa, acartonada por el sudor. Se miró en el espejo: el rostro y el torso, bronceados; las piernas, blancas; los pies, rojos, con ampollas y rozaduras después de meses caminando por el duro suelo ruso.

Se metió en el agua caliente y sumergió la cabeza, abandonado a la calidez y al silencio, a la ausencia de los demás soldados. Se echó agua sobre el pecho, aliviado de estar lejos del ruido, del caos, de las explosiones, del zumbido de las moscas, del estrépito de las ametralladoras, de la voz del padre de Katharina haciendo planes para el resto de su vida. No necesitaba otro padre. Ni otra madre.

Flexionó las rodillas y volvió a hundir la cabeza bajo el agua. Lejos de las larvas que se adhieren a los cadáveres, del hedor dulzón de la muerte. Envuelto por el agua. Por la quietud. Por la nada. Quería quedarse así, pero sacó la cabeza para tomar aire, cogió la manopla y el jabón del borde de la bañera y se frotó hasta que el agua se volvió marrón.

La señora Spinell había dejado ropa, una maquinilla, cepillo y pasta de dientes en un taburete junto al lavabo. Se pasó la hoja roma por la barba y se cepilló los dientes, tan mal cuidados que la espuma pasó del rosa claro al rojo. Los pantalones le quedaban cortos, pero la camisa le sentaba bastante bien. Dudó si ponerse el jersey con esvásticas en las mangas; al final decidió que sí, por la calidez de la lana gruesa.

La señora Spinell salió apresurada de la cocina cuando él abrió la puerta del baño.

—Qué bien sienta estar limpio otra vez —dijo.

La vio mirar hacia el suelo.

—¿Podría al menos vaciar la bañera? —le pidió ella.

—Por supuesto.

—La comida está lista.

—Me temo que he usado todo el jabón.

—¿Y la pasta de dientes?

—Quedaba muy poca.

Katharina y el señor Spinell ya estaban sentados a la mesa. Un único perol negro reposaba entre ellos, el vapor saliendo por el hueco de la tapa, que no encajaba bien.

—Siéntese —dijo el señor Spinell—. Coma con nosotros.

La señora Spinell sirvió un montoncito de verduras guisadas en el plato de su esposo; luego seleccionó tres trozos de ternera y los colocó encima de las verduras. Sirvió la misma cantidad a Faber, pero solo echó dos trozos en los platos de ella y de Katharina. Faber comió en silencio, masticando la carne nervuda, empapando la salsa aguada con pan gris. Se reclinó en la silla cuando terminó, el hambre acumulada durante meses todavía sin saciar.

La señora Spinell metió una bolsa de papel marrón en el bolsillo del viejo delantal azul de su hija.

—La vas a necesitar.

—¿Qué es?

—Polvo.

—¿Para qué?

—Tiene piojos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Katharina apartó la mirada del fregadero para observar a Faber, que estaba sentado junto a su padre examinando los trofeos y medallas de Johannes. Se rascó la cabeza, breve pero agresivamente, mientras seguía el hilo de la conversación. Ella susurró a su madre:

—Ni siquiera se da cuenta de que lo hace.

—El baño debe de haberlos despertado —dijo la señora Spinell—. Vaya marido te has buscado.

Katharina pasó un paño por el fregadero, ya limpio.

—Tendrás que tratarlo, Katharina.

—Pero si apenas lo conozco.

—Eres su esposa, Katharina. Hazlo o acabarás teniendo tú también. Todos acabaremos teniendo.

—Es que me da mucho asco.

—Puede que los tenga por todo el cuerpo. Tienes que preguntarle.

Katharina dobló el paño de cocina y cogió la vajilla necesaria para el desayuno.

—Deja eso, Katharina. Y ocúpate de lo que te tienes que ocupar.

—No quiero hacerlo. No puedo.

—Ya es demasiado tarde para andarte con remilgos.

Katharina se secó las manos en el delantal y se tomó su tiempo para colgarlo en el gancho.

—Deberíamos revisar tus cosas, Peter.

—Tu hermano es un portento, Katharina.

—Era una estrella del movimiento juvenil. Lo ganaba todo.

—¿Y tú?

—Yo no ganaba nada. O tropezaba o quedaba la última.

Él le sonrió y la siguió al dormitorio grande, que hasta esa misma mañana habían usado los padres de Katharina. Ella había retirado sus pertenencias y lo había limpiado —paredes, suelo, cama— y transformado en su propio espacio colocando jarrones de capullos de rosas en cada lado de la cama. Abrió la puerta e inhaló con brusquedad.

—Dios, qué peste —dijo.

—Es el macuto —dijo Faber—. Lo siento.

Con las luces aún apagadas, ella abrió las dos ventanas grandes y miró hacia la calle, vacía de gente y de luz debido al toque de queda.

—Mi madre cree que tienes piojos.

—Es probable que tenga razón. Todos los soldados tienen.

—¿Cómo puedes venir aquí con piojos en el pelo?

—No sabía que tenía. En Rusia uno se rasca sin darse cuenta. ¿Alguna vez los has tenido?

—A veces pasamos un poco de hambre en Berlín, pero nunca estamos sucios.

—No quería decir eso.

Katharina lo miró. Miró al hombre que había elegido.

—Tenemos que solucionar esto —dijo—. Cierra las contraventanas y las cortinas, pero deja las ventanas abiertas. Así podemos encender la luz.

Faber se sentó en la silla que Katharina había situado bajo la bombilla que colgaba del techo. Ella le levantó un mechón de pelo. Docenas de parásitos le reptaban por el cuero cabelludo.

—Es repugnante.

—¿Me volverás a besar alguna vez?

—Todavía no te he besado.

Ella dio un paso atrás y le espolvoreó el polvo sobre la cabeza, una nube cáustica le cayó en la cara y en los ojos. Hizo caso omiso de sus quejas.

—¿Tienes en más sitios? ¿En las axilas?

—Que yo sepa, no. No vi ninguno en el baño.

Con un peine de púas finas del tocador de su madre, Katharina distribuyó el polvo por el pelo mientras la bilis le subía del estómago, quemándole la garganta. Volvió a la ventana y esperó a que los insectos muriesen; luego los retiró uno a uno y los dejó caer en la cajita donde guardaba las horquillas.

—Lo siento, Katharina.

Después fue al baño y, al abrir la puerta, golpeó sin querer a su madre, que estaba de rodillas fregando el suelo embarrado con un trapo. Katharina pasó por encima y vació los piojos en el inodoro.

—Este te va a dar mucho trabajo, Katharina.

Tiró de la cadena, lavó con furia el peine y la cajita, y luego sus propias manos.

—Me ha dicho que no tiene debajo de los brazos.

—¿Y en la ingle?

—No le he preguntado.

—Pues igual deberías.

—No sé si puedo.

—Voy a poner el uniforme en remojo, en la bañera. Tú encárgate del macuto. Seguro que está plagado.

—Vamos a necesitar más polvo.

—A ver si mañana encuentro algo.

Katharina se quedó mirándose en el espejo, convencida de que su piel había envejecido desde la llegada de su marido.

—Espero que no tenga razón, madre. Sobre el hijo del médico. —Se pasó los dedos por los labios, ahora pálidos, pero decidió no añadir más carmín—. Será mejor que vuelva con él.

—Supongo que sí.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Katharina.
Él se puso en pie cuando ella entró, entrechocó los talones e hizo una reverencia.
—¿Me perdonará algún día mi querida y flamante esposa?
—Lo dudo.
Él le pasó los dedos por la frente tratando de desfruncirle el ceño.
—No soy tan horrible como crees —dijo.
—¿Ah, no?
Ella se apartó y se acercó a la ventana.
—¿Qué esperabas, Katharina? ¿Un galán de cine? Me escogiste de un puñetero catálogo.
—Y, evidentemente, fue una elección terrible.
—Gracias.
—Has llegado lleno de piojos y oliendo tan mal que por poco vomito. ¿Qué esperaba? Pues a alguien que, por lo menos, se hubiera molestado en asearse.
—No quise bajar del tren, Katharina.
—¿Qué?
—Se suponía que debía bajarme en Polonia, en la estación de desinfección, pero tenía miedo de que me enviaran de vuelta. De no llegar a casa. Así que me quedé en el tren. Y nadie se dio cuenta.
—Pues yo sí me he dado cuenta.
Él se echó a reír y se cubrió la cara con las manos.
—Lo siento, Katharina. Es que tenía que salir de allí.
Ella se sentó en el borde de la cama.
—Lo siento, Peter. No esperaba que fuera tan difícil. Tan incómodo.
—¿Qué esperabas?
Ella sonrió.
—No sé. Flores. Chocolates. Piojos no, desde luego.
Él se sentó a su lado. Ella se apartó.
—No quiero pillarlos yo también.
—Casi me ahogas con tanto polvo, dudo mucho que haya sobrevivido alguno.

Ella se rio.

—Eres hermosa cuando te ríes.

—¿No solo guapa?

—No. Hermosa. ¿A cuántos hombres escribiste?

—Solo a ti. ¿Y tú? ¿Escribiste a otras mujeres?

—No.

Él buscó su mano y ella dejó que la tomase.

—¿Cuándo te hiciste la fotografía? —preguntó Katharina.

—Justo antes de ir a Rusia.

—Sales bien en la foto.

—¿Mejor que en persona?

—No sé. Distinto.

—¿En qué?

—Tu cara es distinta. Como más amable.

—Entonces, ¿te he decepcionado?

—Todavía no lo sé.

—Es un lugar duro, Katharina.

—Ya, se nota en el olfato.

Se tumbaron sobre la cama que había preparado junto con su madre esa misma mañana, envueltas en el silencio incómodo que se crea entre las mujeres cuando doblan y alisan sábanas. Ella apartó la cabeza de la de él.

—¿Cómo es el frente? —preguntó—. Johannes nos cuenta muy poco en sus cartas.

—Hablemos de otra cosa.

—¿De qué?

—De ti cuando eras niña.

—Perdía todas las carreras. No hay nada más que contar. Esa era yo: la chica que siempre quedaba última en todo. Menos en coser y cocinar, eso siempre se me dio bien. ¿Y tú? ¿En qué eras bueno?

Pero él ya dormía. Un leve ronquido emanaba de su boca. Ella lo empujó con un dedo.

—Tienes un pijama debajo de la almohada.

Él se lo puso dándole la espalda.

—Lo siento, Katharina. Estoy agotado.

—No pasa nada.

La besó en la mejilla, ese hombre enfundado en el pijama de su hermano, y volvió a quedarse dormido. Ella se sentó frente al tocador para cepillarse el pelo, para mirarse, esa mujer casada con un hombre al que no conocía. Se puso un camión largo y se metió en la cama junto a él.

Poco antes del amanecer Faber se despertó entre sudores y jadeos, su cuerpo ya no estaba acostumbrado a la comodidad, al calor. Se destapó y se quedó quieto, tratando de calmar la respiración, absorbiendo la frescura del aire oscuro.

Katharina seguía dormida a su lado. Él se giró de espaldas a ella y puso los pies en el suelo. Su intención era salir del dormitorio e ir al salón de sus propios padres, con sus sillones mullidos y la vajilla a juego. Se levantó, pero volvió a echarse en la cama. La madre de Katharina tenía su uniforme. Dejó caer la cabeza sobre la almohada. Katharina se despertó.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí sí. Vuélvete a dormir.

—¿Y los piojos? ¿Están todos muertos?

Él se rio.

—Requetemuertos.

—Me alegro.

Ella se acercó a él y apoyó la mano en su pecho.

—Es todo un poco extraño, ¿verdad? —dijo Katharina.

—Ya, no hemos empezado con muy buen pie.

—No.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé.

Él se incorporó.

—Tengo hambre, Katharina.

—Voy a ver qué hay.

Él encendió un cigarrillo y contempló la habitación bajo la luz del amanecer, las cortinas vencidas, el tocador barato

y funcional. Los muebles de los padres eran viejos y recargados, piezas que habían pasado de generación en generación.

Ella regresó con una bebida caliente y algo de pan.

—No es café de verdad. Padre debe de habérselo llevado a su habitación. Nunca deja a la vista las cosas que le da el doctor Weinart.

—¿Quién es el doctor Weinart?

—No estoy muy segura. Sé que estuvieron juntos en la última guerra. No lo conozco en persona.

Faber bebió.

—Dios mío, Katharina. Qué asco.

—Dicen que si piensas que es café, sabe a café.

—No estoy tan loco. Al menos, de momento. En el frente nos dan un café más decente, maldita sea.

—Supongo que eso está bien. Vosotros lo necesitáis más que nosotros.

—Está bien hasta que nos dan permiso para volver a casa.

—Dejó la taza y el plato, y la rodeó con sus brazos—. Bueno, me estabas contando cómo eras de niña.

—Sí, y era tan interesante que te has quedado dormido.

Él hundió el rostro en su pelo.

—Lo siento mucho, Katharina Spinell. No volveré a dormirte. Ahora dime: ¿cómo eras?

—No lo sé. Siempre fui buena, pero mi madre adora a mi hermano.

Él dejó caer la cabeza sobre la almohada y empezó a roncar. Ella se rio y le dio un manotazo en el brazo.

—Qué malo eres.

Él le dio un beso.

—¿Así que eras una niña de papá?

—Supongo que sí. ¿Y tú?

—Yo nunca fui una niña de papá.

Ambos rieron y él la besó en las mejillas y en los labios, luego bajó al cuello.

—¿Y tú, Peter Faber?

—Lo único que he hecho es desfilar. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. El movimiento juvenil, la guerra, el macuto a la espalda... Es todo lo que he hecho en mi vida.

Ella le besó los labios, las mejillas.

—Debes de haber hecho algo más —insistió.

Él deslizó la mano bajo su camisón.

—Espera un momento a ver si recuerdo algo más. —Le acarició el culo, el vientre y los pechos—. Estoy recordando —siguió diciendo.

Ella desabotonó el pijama de su hermano y le acarició el pecho.

—Tenemos que engordarle un poco, señor Faber.

Él se quitó el pijama y le levantó el camisón.

—Me parece bien, Katharina Spinell. A ver si me pongo como el hijo gordo del médico ese.

Ambos rieron y ella abrió las piernas.

—La próxima vez te traeré flores y chocolates.

—Solo me gusta el chocolate negro. Y las flores blancas.

—Es usted una mujer muy quisquillosa, señora Faber.

—Digamos que soy muy particular, señor Faber.

Cuando fuera se hizo completamente de día, Katharina se puso una bata para cubrir su desnudez y fue a la cocina.

—Katharina, deberías vestirte para desayunar —dijo la señora Spinell.

—No voy a quedarme.

—Tienes que desayunar.

—Voy a llevarle algo de comer a Peter.

—Siéntate y come tú primero.

—No, voy a coger algo para mí también. ¿Hay jamón?

—Con suerte tendremos más tarde.

Su padre dejó el periódico.

—Pórtate bien, Katharina, y haz lo que tu madre te pide.

La joven se acercó a la cocina.

—¿Qué tal ha dormido, madre?

- No muy bien. Tu cama es muy pequeña.
- Llevo años diciéndolo. Es una cama infantil, madre.
- Sigues siendo mi niña, Katharina.
- Por el amor de Dios, madre...
- El señor Spinell agitó el periódico.
- Ve a buscar a Peter y desayunad con nosotros –dijo.
- Preferiría comer en el dormitorio, padre.
- Tu madre ha puesto la mesa para vosotros.
- Me llevaré la bandeja.

Empezó a tararear para eludir cualquier intento de discusión; puso café, queso y pan en la bandeja y volvió al dormitorio. Faber la esperaba sonriente, y mientras ella ponía la bandeja en la mesilla y servía el café del doctor Weinart, él le desanudó la bata haciendo que el tejido le resbalase por los hombros. Y se refugió en el cuerpo de ella.

Faber volvió a sentarse en la silla, bajo la luz, mientras Katharina, que no dejaba de tatarear, le quitaba más piojos del pelo.

- Debería cortártelo –propuso.
- ¿Se te da bien?
- No creo que te deje peor de lo que estás.

Le recortó el flequillo que le cubría las entradas y le rapó por detrás con la maquinilla de su padre. Le sacudió los pelos sueltos del cuello y la cara, le dio un beso y salió del dormitorio. Volvió con una palangana de agua caliente.

- Conmigo no te va a faltar de nada –dijo él.
- Lo único que quiero es estar lejos de mis padres.
- Compraré una casa grande con jardín.
- ¿Con tu sueldo de maestro?
- Encontraré la manera.

Ella se arrodilló frente a él, le levantó el pie derecho y lo metió en el agua, luego el izquierdo, salpicándole las espinillas y los gemelos, le frotó los tobillos y los talones, los moretones y los callos, presionó y aflojó en cada dedo, percibiendo su

agotamiento. Le secó los pies, lo llevó a la cama, lo arropó con las sábanas aún húmedas. Luego volvió a la cocina.

—Está agotado —dijo.

—Claro —respondió su madre.

—¿Qué pasa, madre?

—Nada.

—Pues muy bien.

La señora Spinell apuñaló una patata con el cuchillo de pelar oxidado.

—Esto no es un hotel, Katharina.

—Lo sé.

—Pues muy bien.

—¿Muy bien el qué?

—Un poquito más de decoro y respeto a tus padres no estaría mal.

—Sí, madre.

—La cena es a las seis, Katharina.

—Sí, madre.

Durante la cena hicieron manitas y enredaron los pies bajo la mesa, y respondieron a todas las preguntas que les hicieron. Cuando terminó, él la desvistió bajo la luz del dormitorio y le quitó con delicadeza las horquillas del pelo, observando cómo caían los mechones cubriendo su espalda inmaculada.

A la noche siguiente, después de cenar, el señor Spinell insistió en que Faber lo acompañase al centro.

—El doctor Weinart estará allí.

—Pero teníamos planes, padre.

—Peter tiene que conocer al doctor antes de que vuelva al frente, Katharina.

Faber llevaba el abrigo del hermano de su esposa y caminaba unos pasos detrás del señor Spinell por calles silenciosas y con las contraventanas cerradas. El señor Spinell se detuvo frente a la ópera, cuyos daños habían sido reparados casi por completo.

—Fíjese, Faber: somos invencibles. Todo lo que bombardean, lo arreglamos.

Tras bajar las escaleras, se adentraron en un aire viciado y saturado de hombres. Faber se quedó al borde del grupo, envidiando la embriaguez reinante. El señor Spinell desapareció un momento y volvió con cuatro jarras de cerveza.

—¡Vamos, Faber, que no se diga!

Tras brindar por Katharina, Faber no tardó en verse rodeado de hombres con uniforme marrón, todos mayores que él, que comenzaron a alabar sus esfuerzos en Kiev.

—Me recuerda a nosotros de jóvenes —dijo el señor Spinell—, pero queremos que lo haga mejor. Que los acribille a todos.

—Es complicado hacerlo peor.

Rieron, levantaron las jarras y bebieron. El doctor Weinart se unió a ellos.

—Su suegro me ha hablado muy bien de usted, señor Faber. Lo que ha hecho es digno de admiración.

—¿El qué?

—Casarse con la señorita Spinell. Asegurar el futuro de nuestra nación.

—Estamos muy felices, doctor Weinart.

—Por supuesto que lo están.

El médico tomó un sorbo de su vasito de cerveza.

—Ha elegido una buena familia, señor Faber. El señor Spinell trabaja muy duro para mí y valoro enormemente su apoyo.

—Me alegro.

—Así que lo siguiente, señor Faber, es encontrarle un trabajo. Un trabajo bueno, útil.

—¿Como cuál?

—¿Cuáles son sus intereses?

—Soy maestro.

—Lo sé, igual que su padre.

—Y mi abuelo.

—Una tradición muy noble, pero puede liberarse de ella si lo desea.

—¿Qué quiere decir?

—Usted puede tomar sus propias decisiones. Es su vida, señor Faber. No la de su padre. Ni la de su abuelo.

Faber bebió de su jarra.

—¿Tiene algo en mente?

—Berlín será pronto el centro del mundo, señor Faber.

—Sin duda, doctor Weinart —dijo el señor Spinell.

—Necesitaremos educar al nuevo imperio, hacer entender a nuestros nuevos ciudadanos lo que significa ser un alemán de verdad.

—¿Así que nada de cultivar la tierra?

El doctor Weinart soltó una carcajada.

—No tiene usted pinta de agricultor.

—Según el señor Spinell, podría convertirme en uno.

—Lo dudo.

—Yo no pierdo la esperanza, doctor Weinart.

Todos rieron.

—¿Me pagarán bien?

—Tendrá un buen sueldo, descuide.

—¿Lo suficiente para comprarme una casa con jardín?

—Cuidamos bien de los nuestros, señor Faber.

Dieron comienzo los discursos y Faber se apostó junto a la pared. El doctor Weinart, con su impecable uniforme negro, se situó a su lado.

—Necesita pasar un poco más de tiempo con nosotros, Faber. Voy a asegurarme de que le amplíen el permiso.

—¿Puede hacer eso?

—Conseguiré que le den otra semana. Diez días, quizá, para que pueda venir con nosotros. Voy a por más cerveza.

Faber brindó por el doctor Weinart, bebió y se unió al canto y a los gritos.